

La batalla de Teruel Red de fortificaciones

A Don Antonio Barea y Alfonso Casas

Leí el artículo de Diario de Teruel del día 5 de diciembre y no puedo sustraerme al deseo de intervenir.

Yo viví la guerra de niño desde retaguardia, nos evacuaron de mi pueblo, Bezas, al Rincón de Ademuz, donde estuvimos hasta el fin.

De regreso al pueblo nos enfrentamos a grandes peligros y necesidades y reconstruir lo destruido. Salvamos la vida de milagro, los riesgos entre bombas eran enormes. Mi vida entonces como la de cualquier chico; pero algo de lo que vi y me ocurrió si que os interesa a vosotros, deseosos de conocer cosas de la guerra.

En el mismo pueblo del Campillo, en el collado, existían unas grandes trincheras aspilleras y carretera adelante, dirección Bezas, otros buenos fortines y trincheras, y enseguida a mano izquierda una gran fortificación y trinchera pétrea, en el Pico del Zorro, (Peña de la Zorra, llaman los de Bezas). Allí un cañonazo destruyó una caseta donde el alto mando estaba reunido para planificar un ataque. En esos dos puntales se desarrollaron cruentos ataques, con intervención de muchos tanques, aviones y artillería; se conquistó y se perdió la posición varias veces y fueron muchísimos los muertos y heridos. Allí está esa trinchera que vosotros citáis y que yo tantas veces he enseñado a nostálgicos combatientes de la guerra. Ya antes, al lado derecho, en el corral del Alto, se libró un encarnizado combate, entre moros, legionarios y militares del ejército republicano protegidos por una temible batería del siete y medio instalada en los Llanos de Bezas, que dejó la zona de Los Toconares plagada de embudos.

Sigue la trinchera picos adelante, con otras posiciones con refugios y depósitos de agua y avituallamiento general. En el kilómetro 20, desde una gran zanja antitanque, sigue un ramal de trinchera sin fortificar, que cruza Las Ramblas y Ceja arriba sigue hasta el cementerio viejo de Bezas, donde finaliza.

Desde el Alto de las Alegas, asciende por el Mojón Blanco hasta la gran posición del Alto Garzón, frente al pueblo de Bezas, posición muy fortificada, con otros fortines aislados en picos al otro lado, dirección Las Casillas de Bezas.

Desde el Alto Garzón desciende por la Rambla de la Pasadilla, donde había un sólido fortín de cemento aspillero y nidos de

ametralladora. Sigue adelante bien fortificada hasta el Collado del Bricial, donde existía una gran trinchera cortando el camino; sigue Bricial arriba hasta el alto, donde había un gran depósito de morteros y un reducto fortificado en el Alto de la Fuente.

Otra gran posición en el Collado del Cebadal y por Las Calvillas penetra en el Calvillón, montículo pétreo convertido en una especie de casamata inexpugnable y de allí el gran salto a Peña de la Cruz, la mejor fortificación de todas, dotada profusamente de nidos de ametralladora y tres líneas de trincheras, con un auténtico poblado en el centro. Y por último, allá al fondo el Alto de la Laguna, gran observatorio del artillero Atilano. Luego hacia La Mina, más trincheras y zanjas antitanque.

Pues todo eso, poco a poco, chicos y mozuelos de entonces, con trabajo de hormigas y con muertes y heridos, fue literalmente arrasado. Lo conozco todo palmo a palmo. Vendí mucha chatarra frente a la actual estación de autobuses, mucha que a vosotros os hubiera hecho felices y que a nosotros nos ayudó a salir de apuros y comer.

Había mucho en aquellas larguísimas trincheras de más de 15 kilómetros de largo y sus casetos adyacentes, que estuvieron ocupados durante toda la guerra. Auténticos poblados, chabolas y pequeñas casitas donde quedó de todo, libros, periódicos y boletines de guerra, cartas, utensilios domésticos, monedas y un largo etcétera. Chismes misteriosos que por precaución no tocábamos; mucha ropa y montones de fusiles, balas, bombas y sobre los fogones las últimas cenizas y los candiles y faroles listos para ser encendidos. Pasamos miedo, mucho miedo, creíamos que en cualquier momento aparecería un soldado y nos pegaría un tiro. Pero a nosotros nos interesaba lo que se podía vender, lo demás lo tirábamos, no hacíamos caso.

Había por allí muchas tumbas en cementerios improvisados y en los mismos parapetos y avanzadillas donde cayeron muertos y algunos fueron enterrados con toda la dotación de combate.

¡Dios Santo cuánta miseria contemplaron nuestros ojos de niño, mientras buscábamos entre la basura, las ratas y las pulgas de aquellas trincheras y casetos, algo para poder comer...!

Y así fue como en aquellos primeros años de la terrible y larga postguerra, mediante la venta de chatarra recogida arriesgando la vida, los chicos de la guerra ayudábamos a mantener la casa y aún guardábamos alguna pesetilla para ir a las Ferias de Teruel y para las fiestas del pueblo, porque, amigos míos, no había otra cosa, el resto del año era trabajar, con mucho esfuerzo y sudor, mucho miedo y

ganas de vivir, muchas ganas de vivir.

Esto es muy largo amigos, pero he de terminar. Un cariñoso saludo para todos a quienes este artículo les recuerde algo de aquellos tristes años.

Publicado en el Diario de Teruel, el día 20 de diciembre de 1.997